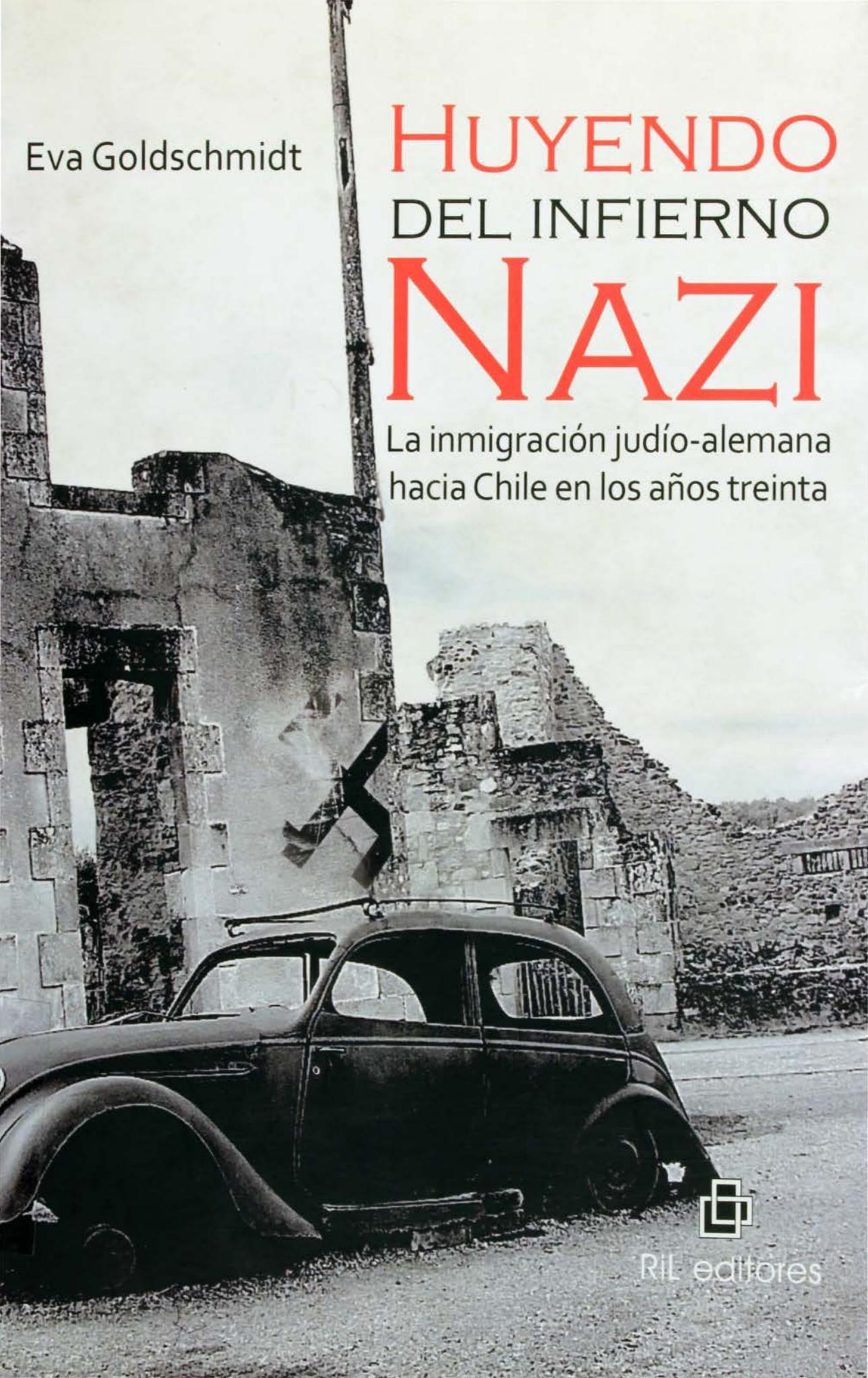


Eva Goldschmidt

# HUYENDO DEL INFIERNO NAZI

La inmigración judío-alemana  
hacia Chile en los años treinta



RIL editores



EVA GOLDSCHMIDT WYMAN inmigró a Chile con sus padres en septiembre de 1939 desde Alemania, huyendo del Holocausto. Después de asistir a la escuela primaria y secundaria en Chile, estudió en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y se graduó de profesora de inglés. Enseñó dicho idioma en escuelas secundarias en Santiago y en el Instituto Chileno Norteamericano de Cultura. También dio clases de alemán en el Instituto Chileno Alemán de Cultura.

Emigró a los Estados Unidos en 1964, donde realizó un Master en Literatura Española y Latinoamericana de la Universidad de Washington en Seattle. Fue profesora de español en escuelas secundarias y universidades, y actualmente da clases privadas y enseña en Heartland Community College en Normal, Illinois.

Ha publicado *Los poetas y el General, Voces de oposición en Chile bajo Augusto Pinochet 1973-1989*, edición bilingüe, en 2002.

AL DE CHILE



46 C-1

BLIOTECA NACIONAL



1264350

HUYENDO DEL INFIERNO NAZI

# Huyendo del infierno nazi

*La inmigración pedida-alemana  
hacia Chile en los años treinta*

IMPRESO EN CHILE  
EN LA CIUDAD DE VALPARAISO  
EN EL AÑO 1961  
N.º 1000

PLATE 100 (continued)

RIL editores  
bibliodiversidad

EVA GOLDSCHMIDT WYMAN

# Huyendo del infierno nazi

*La inmigración judío-alemana  
hacia Chile en los años treinta*



RIL editores

940.5318 Goldschmidt Wyman, Eva  
G Huyendo del infierno nazi. La inmigración judío-alemana hacia Chile en los años treinta / Eva Goldschmidt Wyman. -- Santiago : RIL editores, 2008.

300 p. ; 21 cm.

ISBN: 978-956-284-647-9

1 JUDÍOS-CHILE-HISTORIA-SIGLO 20. 2 HOLOCAUSTO  
JUDÍO (1939-1945)-RELATOS PERSONALES



DECLARACIÓN SOBRE LAS FOTOGRAFÍAS DEL  
MUSEO CONMEMORATIVO DEL HOLOCAUSTO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Los puntos de vista u opiniones expresadas en este libro y el contexto en que las imágenes son usadas, no reflexionan necesariamente los puntos de vista o la política, ni implica la aprobación del Museo Conmemorativo del Holocausto de los Estados Unidos (The United States Holocaust Memorial Museum (USHMM))

HUYENDO DEL INFIERNO NAZI  
LA INMIGRACIÓN JUDÍO-ALEMANA HACIA CHILE EN LOS AÑOS TREINTA  
Primera edición: noviembre de 2008

© Eva Goldschmidt Wyman, 2008

© RIL® editores, 2008

Alferez Real 1464

750-0960 Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56-2) 2238100 • Fax 2254269

ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición, diseño e impresión: RIL® editores

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-284-647-9

Derechos reservados.

# ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i> .....	11
CAPÍTULO I	
La Alemania de mis padres y abuelos .....	13
Mis abuelos maternos.....	13
Camino a Theresienstadt (campo de concentración).....	17
Mi madre y su familia en Burgsteinfurt.....	22
Mi padre y su familia.....	27
Primera Guerra Mundial .....	38
Estudios universitarios y vida profesional.....	43
Mi madre.....	45
CAPÍTULO II	
La desesperación por emigrar va en aumento.....	55
La Noche de los Cristales Rotos .....	58
CAPÍTULO III	
Nuestra salida de Alemania y llegada a Chile.....	79
Viaje de mi padre a Chile.....	85
Recuerdos de mi niñez y adolescencia.....	86
CAPÍTULO IV	
Los alemanes arios en Chile .....	95
El sentir del alemán ario y del judío.....	106
Planes y razones de los alemanes nazistas de establecerse en Latinoamérica .....	107
El NSDAP (Partido Nacional Socialista de Trabajadores Alemanes).....	108
El NSDAP y su infiltración .....	113
Infiltración en las Fuerzas Armadas, la Aviación, la Marina y Carabineros.....	117
Propaganda del nazismo alemán.....	121

Espionaje nazi y quinta columna .....	126
Sexta Columna .....	136

## CAPÍTULO V

Submarinos y barcos beligerantes en las costas de Europa y Sudamérica .....	139
Intercambio comercial y cultural con Alemania .....	147

## CAPÍTULO VI

Situación anterior y durante la Segunda Guerra Mundial. Pedro Aguirre Cerda .....	151
Movimiento Nacional Socialista Chileno.....	161

## CAPÍTULO VII

La inmigración judía .....	171
Cónsules y funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores restringen la entrada de judíos a Chile .....	180
Nuestra desesperación después de noviembre de 1938....	190
¿Cómo se seleccionaban a los inmigrantes para dárseles una visa?.....	197
Actividades y aportes de la comunidad israelita.....	200
Escándalos producidos con la inmigración judía en Sudamérica .....	207

## CAPÍTULO VIII

La reacción chilena a la llegada de los judíos.....	215
Difusión del antisemitismo .....	235
Algunas razones del antisemitismo en Latinoamérica .....	236

## CAPÍTULO IX

Inmigrantes judíos alemanes cuentan su historia .....	239
Una reflexión final .....	295
Chile, «el asilo contra la opresión» .....	295

Epílogo.....	297
--------------	-----

*Dedico este libro:*

*A la memoria de mis padres, Emil Goldschmidt y Edith Hirsch, que me trajeron a Chile.*

*A la memoria de mis abuelos maternos, Max Hirsch y Hedwig Bachrach, que perecieron en el Holocausto.*

*A la memoria de mis abuelos paternos, Julius Goldschmidt y Karolina Hess, que murieron antes de ser llevados a un campo de concentración.*

*A la memoria del presidente Pedro Aguirre Cerda, quien hizo de Chile «el asilo contra la opresión».*

*A Chile, que nos acogió y nos dio la oportunidad de una nueva vida.*

## AGRADECIMIENTOS

A MI ESPOSO MARK WYMAN, por su ayuda en la investigación tanto en Chile como en los Estados Unidos, y por sus ideas en la organización del libro.

A mi tía Lisa Goldschmidt de Hirsch que me consiguió el nombre de gran parte de mis entrevistados entre sus amigos y parientes en Chile, y a las personas que tan generosamente me dieron su tiempo para hablar conmigo.

A Rosa del Campo Pérez por corregir el manuscrito completo y ayudarme con ideas.

A Magdalena Fuentes Zurita por su asistencia en la investigación de periódicos en la Biblioteca Nacional.

A Mario Goldschmidt, por su ayuda en diferentes trámites y correcciones.

A Ricardo Navia por correcciones.

A la Sra. Ximena Cruzat, directora, y a la Sra. Antonieta Palma, Jefa de Conservación, Restauración y Microfilmación de la Biblioteca Nacional, que pusieron a nuestra disposición el periódico *Mundo Judío*, a pesar que estaba siendo preparado para microfilmarlo.

A la Sra. Marcela Cavada Ramírez, Coordinadora del Archivo Nacional, que me ayudó a encontrar valiosos documentos.

A Brigitte Altmann, quien entrevistó a algunos de los inmigrantes.

A la Señora Elsbeth Appelbaum que me mandó innumerables fotos, recortes y libros sobre Burgsteinfurt, su ciudad natal y la de mi madre. Es de esos recortes que pude incluir algunas

de las historias acontecidas a personas de esa ciudad durante el nazismo.

A la Sra. Carolina Waddell del Museo del Holocausto en Washington, por facilitarme una parte de las fotos de Alemania de la década de los treinta, usadas en este libro.

Al Dr. Stefan Kirchberger, que me facilitó la foto de la sinagoga de Stuttgart y del Colegio Judío adyacente, perteneciente a la colección «Metz» de Haus der Geschichte de Baden-Wurtemberg, Alemania.

A Inge Rosenberg.

A Jaime Román de la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional.

## CAPÍTULO I

# LA ALEMANIA DE MIS PADRES Y ABUELOS DURANTE LAS TRES PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX

### *Mis abuelos maternos*

FUE EN NOVIEMBRE DE 1941 cuando recibimos la última carta de mis abuelos maternos desde Burgsteinfurt (ahora llamada Steinfurt), Alemania. Habíamos inmigrado a Santiago de Chile, mi madre y yo, desembarcando en Valparaíso el 13 de noviembre del año 1939, huyendo del infierno nazi. La segunda guerra mundial ya había comenzado. Mis abuelos tenían en ese entonces 60 y 65 años, respectivamente, siendo mi abuela la mayor. Vivían en la casa de Rottstrasse 14, hoy refaccionada y con el número 9. Nunca más oímos de ellos pero supimos más tarde por medio de la Cruz Roja que fueron llevados a un campo de concentración, a Theresienstadt, Checoslovaquia. De allí a Riga, Latvia, donde desaparecieron. Ni ellos ni nosotros sabíamos en ese entonces qué les acontecería, adónde irían a parar. El gobierno alemán les dijo que pasarían un tiempo en un campo de trabajo donde se les daría suficiente comida y permanecerían juntos. Por habérseles quitado su casa (mala costumbre de los nazis en ese período con ciudadanos judíos), vivían amontonados con otras familias hebreas en una morada sin ventanas, excepto en la cocina. En cartas a mi madre, mi abuela trataba de tomarlo a la broma diciendo

Abel Helmer Glöck  
260 Park Lane Hotel  
3772 1/2 112 St. N. - L. Helena:

Brief vom 31. 8. 1941.

Meinen Brief vom 8. August, haben wir am  
20. August bekommen in dem Hotel dem wir wohnen.  
Ein glückseliger Mann ist mir sehr dankbar  
denn er hat mich sehr dankbar gemacht, einen  
sehr angenehmen Brief. Ich danke Euch sehr  
für den Brief in welchem G. L. alle Informationen  
fleißig hat mit mir geteilt, um die  
unserer Luftfahrt beginnt, was wir für euch:  
das gibt mir, gesunden. Ein weiterer Mann  
Wohnung haben wir uns gut angesehen. Von  
unserer Seiten haben wir uns um die besten  
noch wir hier demoffizieren haben. Somit haben  
wir für mich mit unterschiedlichen Gedanken in Romanen  
wir werden alles stellen. Man würde die  
Hilfsleistungen wieder haben in dem ich die  
zu demselben in der: Glückwunsch. Aber  
der L. Gott ist nicht beschützer in helfen,  
wir zu die. Das geborgen hat. Was möge  
aber hat mir freies Hindernis beschreiben  
dies, um diese neuen Familien. Ich, in  
meiner Präsens Zeit, das ist mir freies  
in der Zukunft meine Zeit, nämlich die von  
unserer Seiten; dem Hotel.

Die L. freies: größte für die Meister.

Carta en alemán que mis abuelos enviaron a sus hijos en EE.UU. y Chile, el 31 de agosto de 1941.

«ya no tendré que limpiar más ventanas» y nos decía que no nos preocupáramos, que ellos estarían bien. Nadie podía imaginarse las de torturas que pasarían. Aún tenían esperanza que de alguna forma sus hijos que vivían en Chile o su hija en los Estados Unidos, los sacarían

de Alemania, pero eso era casi imposible a esas alturas, casi nadie salía de Europa en ese entonces, y menos aún personas ancianas. Es más, antes de que empezara la guerra ya era difícil obtener visas para gente mayor, que no sería capaz de trabajar. Para salir de Alemania se necesitaba un permiso del país adonde uno deseaba emigrar, es decir, una visa, pagar altos impuestos de viaje y dinero suficiente para comprar pasajes de ida y vuelta, los que la línea de navegación hacía obtener a los pasajeros.

En una carta que mis abuelos escribieron con fecha 31 de agosto de 1941, anunciaron que ya estaban viviendo en su «nuevo hogar». Nos lo comunicaron, sin querer producirnos preocupación ni llamar la atención de las autoridades alemanas, que podrían censurar las cartas si se criticaba al gobierno:

*Nosotros ya nos sentimos muy bien en nuestro nuevo hogar. De todas nuestras cosas, hemos vendido solamente la estufa, ya que aquí tenemos calefacción central... Ahora ya vienen las fiestas de otoño (se refieren a las fiestas judías de Año Nuevo y al «Día del Perdón») y te envío mis cariñosos saludos... Yo ruego que muy pronto podamos reunirnos nuevamente, toda nuestra familia. Un cordial Le Shanah Tovah (Feliz Año Nuevo) te desea de todo corazón, tu padre.*

Mi abuela añade:

*...Nos hemos acostumbrado aquí bastante bien.*

*Tenemos una cocina, dormitorio... tenemos una ventana en el techo, así que no necesito poner cortinas ni limpiar vidrios, pero en la cocina hay dos ventanas grandes. Vivimos en esta casa con tres familias... esperamos saber pronto de ti. Cariñosos saludos y besos, mamá.*

El 20 de octubre, en otra carta:

*Estamos bien de salud... tengo que informarte de algo nuevo, pero no te asustes. Existe la posibilidad de que pronto nos cambiemos de domicilio, no sabemos aún dónde iremos. Si por un tiempo no recibieras carta de nosotros, no te aflijas y no te aproblemes por nosotros. Te avisaremos a la mayor brevedad posible de nuestra nueva dirección. Insisto en que no te preocupes en lo más mínimo de este asunto y tal como todos nosotros, aceptes este hecho tranquilamente. Todo sucederá como el destino lo desee, y si Dios quiere, todos nos veremos nuevamente... Hasta este momento no nos hemos decidido a nada.*

La última misiva que tengo es la del 9 de noviembre de 1941, mencionada más arriba y dirigida a los tres hijos. Parece que mi madre y tío en Chile estaban tratando de conseguir una visa para mis tíos abuelos:

*Queridos, hemos recibido vuestro telegrama el viernes en la mañana y esperamos que todo se arregle rápidamente, de otro modo todo será en vano. Les informaremos telegráficamente de las fechas de nacimiento del tío Otto y tía Selma, sin embargo desde el próximo sábado ya no podremos despachar nada al extranjero. Uds. pueden informarse con Fritz, pero la tía Selma también les va a comunicar. Todavía no nos hemos decidido por el cambio de domicilio pero la decisión puede llegar en cualquier momento... Ayer recibimos frazadas abrigadoras de... Nos preguntaron qué otra ropa abrigadora necesitábamos para el cambio de domicilio... porque donde nos mudaremos hace mucho, mucho frío... Ahora quiero terminar, ojalá que tú, querida Edith, no te emociones, no te preocupes demasiado. Muchos saludos, vuestro padre.*

Los tíos enviaron sus fechas de nacimiento, y agregaron: *Yo supongo que Uds. ya pidieron estos datos de Pitrusquén...* por eso pienso que se trataba de una visa a Chile, pero ya no pudieron salir de Alemania y también perecieron.

Y llegó la hora para «mudarse de domicilio». Hubo muchos informes que describen cómo los judíos fueron transportados a campos de concentración y éste es uno de ellos:

El día señalado por los nazis se hizo un llamado a todos los israelitas, entre ellos a mis abuelos, a que fueran a la plaza principal. Se les había dicho que irían a un balneario, que llevaran sus mejores vestimentas y alhajas. Estuvieron parados o sentados en sus equipajes por horas en medio del frío y la lluvia esperando los





*Tren que llevó a los judíos a campos de concentración. Cortesía del United States Holocaust Memorial Museum, # 05072.*

ni comida, ni asientos, ya que eran para animales. Todos tenían sólo el espacio suficiente para estar de pie. Se llenó cada vagón con más y más personas. Había niños llorando, gente de edad quejándose, personas enfermas. En cada carro se encontraban dos baldes, uno que servía de escusado, el otro de agua para beber, que al agotarse no se volvía a llenar. El viaje demoraba más de dos días desde Alemania y generalmente la mitad de la gente no sobrevivía, pero mis abuelos lo sobrevivieron, según supimos años después por informes de la Cruz Roja. Los que llegaron con vida a Theresienstadt, estaban muertos de hambre y exhaustos.

La estación de trenes quedaba a dos o tres kilómetros del campo de concentración y era preciso caminarlos en columnas de tres o cuatro filas, llevando sus maletas a cuestas, y a veces también a sus hijos. Si no se apuraban, ahí estaban los de la SS para empujarlos brutalmente con la culata de sus fusiles gritando que caminaran más rápido: *schneller, schneller du sau Jude* (más rápido, más rápido, puerco judío). Los más jóvenes ayudaban a los viejos con su equipaje para que no fueran empujados como bestias.

Muchos de los ancianos se desplomaron no habiendo probado bocado o bebido por dos días y estando terriblemente agota-



*Gente recientemente llegada al campamento de concentración de Theresienstadt. Cortesía del USHMM, # 20255.*

dos por el viaje. Se los transportó en camión pero amontonados de tal manera que debieron viajar de pie, incluso los veteranos de la primera guerra mundial usando muletas. En la procesión iban también niños que no cesaban de llorar, con hambre y agotados, en brazos de sus padres que además llevaban su equipaje. Era el espectáculo más patético e inhumano imaginable, cada persona con la estrella de David de color amarillo (así podía verse a distancia) pegada al lado superior izquierdo de su abrigo, un número colgando del cuello y una mirada de espanto.

Cuando llegaron al campamento se les ordenó desvestirse y ducharse; hombres, mujeres y niños, todos juntos. A los que no querían hacerlo se les azotó sin misericordia. Se ducharon en agua fría en invierno, sin jabón, sin toallas, sin calefacción. Luego se les tiró alguna ropa usada, alguna demasiado grande o demasiado chica para la persona destinada a ella. Nada de medias o ropa interior. Nunca vieron la vestimenta que ellos trajeron o las joyas. Eso fue enviado de vuelta a Alemania para el uso de los alemanes arios.

riódicamente un transporte salía hacia el Este, donde los prisioneros desaparecían. No era posible saber cuándo lo elegirían a uno. Seguramente a mis abuelos les tocó ir pronto después que llegaron al lugar, pues eran ancianos y no tenían la energía para trabajar. Supimos por la Cruz Roja que habían muerto en Riga, Latvia<sup>1</sup>.

### *Mi madre y su familia en Burgsteinfurt*

Muchos años antes de ser llevados a Theresienstadt, mis abuelos, que se habían casado gracias a un casamentero, vivían en un pequeño pueblo, Burgsteinfurt, de unos 7.000 habitantes en el norte de Alemania. De ellos sólo unos cien eran de origen hebreo. Mi abuela, que había quedado huérfana a los doce años, fue criada en un orfanato y tuvo que trabajar sirviendo a otras familias a una temprana edad para poder sobrevivir. Mi abuelo provenía de una familia grande cuya madre había muerto cuando él era aún pequeño.

Los casamenteros, que en ese tiempo eran comunes entre los israelitas, eran los encargados de organizar uniones entre las parejas. Conocían bien a las personas de su comunidad y sabían dónde encontrar una mujer o un hombre soltero, se enteraban de su edad, fortuna, educación, negocios, dones, virtudes, etc., y si alguien quería casarse o casar a uno de sus hijos iba donde el casamentero y él o ella juntaba a las parejas o a los padres. Si se gustaban, se casaban, no se les obligaba a unirse en matrimonio. Hoy no existe el casamentero como profesión, pero sucede que un amigo o conocido común presenta a dos personas del sexo opuesto porque piensa que están hechos el uno para el otro.

<sup>1</sup> En el año 1957 mi madre y cada uno de sus dos hermanos recibieron del gobierno alemán una compensación por el hecho de que mis abuelos perdieron su libertad, no por su muerte. El monto fue de 2.150 marcos por cada uno de sus padres. El equivalente en 2007 es de 3.778 dólares. Encontré una referencia a ello en casa de mis tíos, cuando murieron.



*Mis padres en Alemania.*

Judíos y cristianos en el pueblo de Burgsteinfurt, donde vivían mis abuelos, no se mezclaban gran cosa, pero se saludaban cordialmente. A menudo los hombres salían juntos a tomar un trago o jugar a los naipes. Los niños, de una religión y de otra, jugaban entre ellos antes del período nazi. Edith, mi madre, que nació en 1907, contaba que ella se juntaba con una vecina cristiana de su misma edad. A veces la acompañaba a la iglesia o admiraba el hermoso árbol de Navidad que tenían en su casa. Más de una vez le dijeron que los judíos habían crucificado a Cristo, acusación que le preocupaba mucho. Pensando en sus padres, parientes y otros judíos que conocía, no podía creer que ellos hubieran hecho una barbaridad tan grande. Mi abuela a veces estaba de mal genio, pensaba, y en ciertas ocasiones le daba una cachetada, pero ¿matar a Cristo? No, no lo podía creer. Mi madre trató de negarlo, pero eso era lo que los niños católicos aprendían en su iglesia, así que nadie le creía. El sacerdote era más poderoso que la pequeña niña judía a su tierna edad, tratando de defender a su

familia, parientes y otros israelitas a quienes ella conocía. Había aprendido en sus clases de religión que fueron los romanos quienes crucificaron a Cristo, pero nadie tomaba en cuenta lo que ella decía.

Durante sus primeros años, Edith fue a una escuela hebrea. Consistía en una sola sala de clases para las diferentes preparatorias. Odiaba a su profesor y el sentimiento parecía recíproco. Todos los días, mientras caminaba a su escuela, rezaba al querido Dios que el colegio se quemara y que el profesor muriera. No sucedió de inmediato, pero años más tarde, durante el período nazi, la escuela fue incendiada y el profesor llevado a un campo de concentración.

Mi madre no tenía recuerdos muy agradables de sus años escolares. Un día cuando estaban haciendo ejercicios físicos y levantando el brazo derecho y luego el izquierdo a las órdenes del profesor: «rechts, links, rechts, links...», mi madre estaba levantando el brazo opuesto. El profesor que no había nacido con mucha paciencia y había tenido problemas previos con ella, se enojó y le pegó con la varilla que siempre llevaba consigo. Desgraciadamente le pegó cerca del ojo, que se le hinchó y se le puso morado. Pronto el maestro se dio cuenta que mi madre era la única que había hecho el ejercicio en forma correcta levantando su brazo derecho e izquierdo, y que los otros se habían equivocado, así que le dijo que la próxima vez que le correspondiera un castigo, que le recordara que ya lo había recibido.

Llegando a su casa hubo que llevarla al médico. Mi abuelo, enojadísimo de ver a su brillante niñita tan maltratada, decidió ir a hablar con el profesor llevando consigo su bastón. No se supo lo que pasó pero nunca más mi madre llegó con un moretón a casa.

Pero Edith también tenía buenos recuerdos. En su pequeña ciudad de Burgsteinfurt, solía visitar el gran parque de centenares de kilómetros de largo y ancho que tenía una laguna llena de rosas. Este parque repleto de flores silvestres y árboles era la parte posterior del castillo donde vivía uno de los Príncipes de Bentheim-Steinfurt. Estaba abierto al público y se llamaba el

«Bagno». También contenía un viejo cementerio judío, que ya no se ocupaba, y que solo la naturaleza cuidaba. Existe aún hoy, rodeado de altos y frondosos árboles que proyectan una inmensa sombra produciendo una atmósfera de paz y quietud: ese es el lugar en que mis antepasados maternos yacen. En aquellos días calurosos de verano era el sitio ideal para descansar y recordar, tratar de imaginar cómo nuestros antepasados vivían y pensaban. «La nobleza de esos años debe haber sido muy amiga de los judíos, ya que les concedió un pedazo de terreno para sepultar a los suyos», pensaba mi madre. Con el Tercer Reich se convirtió en una cancha de fútbol.

El río Aa rodea el castillo y sólo un puente levadizo conectaba a la familia real con la gente común. «¿Qué pasará detrás de las puertas cerradas de ese castillo?», se preguntaba mi madre mientras soñando paseaba por el hermoso parque. Era el lugar ideal para un paseo solitario al estar de ánimo meditativo, o correr con amigas al sentirse feliz y comunicativa<sup>2</sup>.

Una vez terminadas las preparatorias, ella asistió a la escuela de enseñanza media para niñas, que recibía también a judíos. Insistió en ir, aunque sus padres apenas podían darse el lujo de enviarla. Era la única israelita en su clase, porque había muy pocas familias hebreas en el pueblo y muy pocas enviaban a sus hijas a estudiar en la enseñanza media. Mi madre se sentía fuera del círculo de sus compañeras cristianas, aparte, un sentimiento de no pertenecer, sin una amiga íntima. Eso sucedía en el año 1917, cuando mi abuelo era soldado en la primera guerra mundial y el dinero que la familia recibía escaseaba.

Mi madre pensaba: «solo tres años de guerra y ya tantas muertes». Ella había leído los diez mandamientos y uno de ellos resaltaba en su mente: «no matar». Cuando le preguntó a su profesor de religión, él le explicó que existían dos tipos de «matar», uno permitido por Dios y otro no permitido. «Mientras más enemigos los alemanes maten, más los querrá Dios», había dicho

<sup>2</sup> Se pueden ver algunas fotos del castillo y parte del río Aa en <[www.steinfurt-touristik.de](http://www.steinfurt-touristik.de)>

el profesor, y él iba a rezar para que ganaran los alemanes. «Y los enemigos, ¿por quiénes rezaban?», se preguntaba mi madre. Obviamente por la muerte de los alemanes. Se sintió preocupada por Dios, porque ¿a quiénes les debía hacer caso? Nadie hubiera querido estar en su lugar y tomar esa clase de decisión. Al final, Él prefirió castigar a los alemanes.

Cuando la guerra comenzó en 1914 nadie pensó que se prolongaría tanto. Los germanos creyeron que eran invencibles, y que ganarían en poco tiempo, demostrando gran entusiasmo por el conflicto. El grupo de pacifistas era bastante pequeño y sus palabras casi no se oían en medio de la gran excitación patriótica. En agosto de 1914 la mayoría pensaba que la guerra no duraría hasta la Navidad, pero cuando no terminó, la alegría se disipó. Los periódicos alemanes sólo hablaban de los triunfos, de las batallas ganadas, nunca de las perdidas. Los alimentos empezaron a escasear y pronto fueron racionados, pudiendo obtenerse carne sólo dos veces por semana, también el pan se conseguía por medio de tarjetas de racionamiento ya desde enero de 1915. La gente empezó a sentir hambre y se quejaba de que sus hijos no tenían qué comer. Los pueblos pequeños, como aquel donde vivía mi madre, estaban en una mejor situación, porque al menos en el verano podían plantar y cosechar sus propias hortalizas, aunque sólo en parte.

Mi abuelo y los demás soldados informaban a sus familias de lo que pasaba desde el frente, que era muy distinto a lo que decían los periódicos, de modo que mi abuela y las otras abuelas en Alemania ya no les creían las informaciones al gobierno.

Después de finalizar mi madre los exámenes de colegio, comenzó estudios universitarios, siendo sus materias favoritas los idiomas y la literatura. Asistió a la Universidad de Muenster primero y luego a la Universidad de Hamburgo. Vivió allí con una familia judía dando lecciones y cuidando a dos niños a cambio de una habitación y comidas, y cuando los niños iban al colegio, ella podía asistir a sus clases en la universidad.

Había empezado el nazismo y la universidad no fue un lugar feliz para una adolescente israelita. Se sentía sola, diferente y ais-

lada, como «empujada en un rincón». No tenía esa sensación de pertenencia, de grupo. *Alemania despierta, muérete judío*, eran las frases que oía a su alrededor al final de los años veinte. ¿Cuántos otros se sentirían solos, asustados e incómodos como ella?

Empezó a buscar... en un baile de la Comunidad Israelita conoció a Emil, un filólogo que en ese entonces enseñaba en uno de los mejores colegios particulares judíos en Hamburgo. Ya no se sentiría tan sola, su vida estaba por cambiar.

### *Mi padre y su familia*

Emil había nacido en Nuremberg en 1901. Vivía con sus seis hermanos y sus padres en la calle Karl, donde las casas por estar en la cercanía del río Pegnitz siempre estaban en peligro de inundarse. Lo más interesante para el pequeño Emil y sus amigos eran los rincones oscuros de la casa, como el sótano, donde sólo se podía entrar con velas, pues no había electricidad. También les gustaba el desván. Pero lo mejor de todo era la calle, que al principio del siglo XX era muy segura con sus carruajes tirados a caballo, sus vagones y bicicletas. Su juego favorito era el de «piratas y bandidos». Nuremberg, una ciudad de cerros, les venía bien para ese juego. También los monumentos, edificios e iglesias eran lugares ideales para jugar a las escondidas.

Mi abuelo paterno Julius era una persona introvertida, sin amigos y con una relación poco unida entre él y sus hijos. Estudió la profesión de profesor judío, que en esos tiempos seguían una educación diferente a la de los otros profesores, pero renunció a la enseñanza, porque no le era posible controlar una clase llena de niños inquietos con su temperamento tan gentil y suave. Trabajaba como director funerario para la comunidad israelita, siendo un hombre muy religioso que había estudiado la Biblia y el Talmud<sup>3</sup>, era muy inteligente y le gustaba expresar su idea

<sup>3</sup> El Talmud es una obra que recoge las discusiones rabínicas sobre leyes judías, tradiciones, costumbres, leyendas e historias.

sobre la relación de ser a la vez alemán y judío. Él insistía que era ambos y que debía lealtad al Estado alemán. Los nazis, por otro lado, dirían más tarde que los judíos no eran alemanes y de una lealtad y utilidad dudosa.

Mi abuela paterna, Karolina, era de personalidad opuesta a la de mi abuelo, llena de vida y accesible, le gustaba hablar y tener gente a su alrededor. Le encantaba ir al mercado al aire libre cerca de su casa, en la plaza, donde regateaba y conversaba.

Emil entró al colegio a los seis años. Tenía que pasar frente a unos edificios de departamentos, donde experimentó por primera vez lo que era ser judío. Al caminar por allí él escuchaba a los niños cantar:

*Jud, Jud, hep hep hep  
Schweinefleisch macht fett fett fett,  
Schweinefleisch schmeckt gut;  
Bist ein stinckender Jud.*

En español:

*Judío, Judío, hep hep hep<sup>4</sup>  
La carne de puerco te engordará,  
La carne de puerco tiene buen sabor  
Eres un judío de mal olor.*

Eso sucedía en 1907, mucho antes del período nazi. Este antisemitismo, una vieja tradición de la Alemania protestante que viene de los tiempos de Martin Luther, quien se sentía frustrado por la resistencia de los judíos de ese tiempo a convertirse. Mi padre aceptaba esto como también aceptaba otras cosas. «Como muchacho judío uno siempre tenía que contar con algún puñetazo», decía.

Mi primo Heinz cuenta de un suceso que le ocurrió a él en 1928, cuando también tenía seis años, en que estaba con un gru-

<sup>4</sup> Un grito de burla usado durante siglos al atacar a los judíos.



*Soldados alemanes haciendo guardia delante de una tienda judía para impedir que los alemanes arios compren allí. El cartel a la izquierda dice: «Los judíos son nuestra desgracia» y el de la derecha: «Un alemán no compra nada de los judíos». Cortesía del USHMM, # 202012.*

po de niños en un sanatorio en los Alpes de Baviera, dirigido por hermanas católicas. El propósito era que los niños respiraran aire puro por algunas semanas. Mientras ellos estaban en el comedor esperando la comida, mi primo oyó ruido afuera en el pasillo y se levantó a ver de qué se trataba. Inmediatamente la hermana le dijo «siéntate, niño judío entrometido» (*setz dich hin, du neugieriger Judenbub*). El que lo hayan llamado «niño judío» le avergonzó, y aún lo recordaba setenta años más tarde. Podrían haberle dicho simplemente «niño entrometido» según él. Ella lo marcó como perteneciente a un grupo minoritario de quien se abusaba de palabra ya antes de la subida de Hitler al poder.

Siendo Emil uno de seis hijos, no tuvo mucha supervisión ni muchos juguetes, al igual que sus hermanos, así que tenían que encontrar sustitutos para jugar. Todo lo que se podía sacar de la casa, de un armario o de la pared, servía, hasta que sus padres se lo quitaban. Usaban un botiquín para pretender ser médico y enfermo, por ejemplo, hasta que se lo arrebataban y los medi-



*Incendio de libros en la plaza de Berlín (por miembros de la SA), que se consideraron peligrosos para los alemanes por ser de autores judíos. Sucedió el 10 de mayo de 1933. Cortesía del USHMM, # 01620).*

camentos se salvaban. Un pasatiempo favorito era ir a la orilla del río y buscar tesoros como gusanos, caracoles, medusas. Otro juguete era el violín de su padre, que él usaba para cuanta cosa imaginable puede haber, pero no para tocar música.

Económicamente la familia de mi abuelo era de clase baja, pero siendo personas muy devotas y morales, espiritualmente eran de clase media. Mi abuelo rezaba a diario en la sinagoga o en casa, un largo ritual en la mañana, luego un largo rezo a mediodía y otro en la noche. Mi padre y sus hermanos también tenían que orar en hebreo y la familia tenía estrictos principios morales y valores espirituales. Los días religiosos eran los eventos más importantes del año y, el sábado, un día de descanso.

El río Pegnitz, que atravesaba Nuremberg, era generalmente de pocas aguas. Habría sido imposible que un niño, incluso de pocos años, se ahogara en él. Pero en febrero de 1911, cuando mi padre tenía diez años, el Pegnitz se desbordó en la parte baja de la ciudad donde vivía la familia.

*Nos despertamos con este inmenso ruido de agua en medio de la noche, la calle Karl se había convertido en un canal, y en él flotaba una inmensa cantidad de tesoros para nosotros, desde cajas de cigarros a muebles, hasta un piano. La puerta de nuestro edificio se abrió con la fuerza del agua que llenó el espacio hasta casi llegar al primer piso. Las dos familias que vivían allí se prepararon para escapar. ¿Pero hacia dónde podrían ir? Sólo era posible subir al segundo o tercer piso o a la buhardilla. Con las paredes tan débiles, ¿se mantendría el edificio en pie? Con la ayuda de Dios así fue. Mientras que los adultos estaban muy preocupados, yo y mis hermanos nos divertíamos de lo lindo. Sólo a pocos centímetros debajo de la ventana el agua se precipitaba trayendo los más maravillosos regalos. Nunca habíamos recibido tantos presentes extraordinarios: paquetes de chocolate y otros dulces, juguetes de toda clase, y más y más venían. Hicimos anzuelos para recoger todas las cosas que llegaban en el agua. La escuela también se inundó. Había que limpiar todo el edificio y dejar que se secara. Fueron maravillosas semanas de vacaciones.*

En este mismo año de 1911, mi padre pasó a la escuela secundaria. Fue a la más cercana, que estaba en una parte aristocrática de la ciudad, de la cual él no era parte. Sentía que no pertenecía allí, aunque fue en esta escuela donde conoció a su amigo Hans Bauer, que tuvo una gran influencia sobre él, llegando a ser su mejor amigo, una amistad que sobrevivió la Segunda Guerra Mundial y duró hasta su muerte (nos volveremos a encontrar con Hans Bauer más adelante). Emil tenía una gran desventaja en esta escuela, pues carecía de la preparación intelectual de los otros. Nunca había viajado fuera de Nuremberg como los demás. Ni él ni su familia poseían todos los libros de historia y geografía

que los otros habían recibido para sus cumpleaños u otras festividades. Él no tenía esos conocimientos. De haber ido a la otra escuela, se habría sentido más como un igual.

A mi padre no le fue muy bien allí en un comienzo, pues ninguna materia le atraía. Lo peor era la aritmética. El profesor, de gran estatura, generalmente de mal humor, llamado Held (héroe en español), era muy impaciente, y acostumbraba a gritar por cualquier cosa sin importancia. Emil le tenía tanto miedo que no podía pensar. *Pasaron años hasta que saqué una buena nota en matemáticas*, escribió en su diario.

No tenía ninguna ayuda en casa, ni de sus padres, ni de sus hermanos, que no encontraban ni tiempo ni ganas de ayudarle. Otro factor era, que no estaba preparado en materias como historia y geografía.

*Mis compañeros que venían de hogares educados y acomodados recibían libros para cumpleaños y Navidad. Conocían las leyendas clásicas y la historia pasada de Alemania. Habían recibido una introducción histórica. Para mí todo eso era ajeno. Nadie se preocupaba de mi educación. Ni siquiera teníamos libros con láminas, que cualquier niño tiene hoy. Recuerdo un libro de cuentos de unas quinientas páginas, que teníamos en casa. Había un gran diccionario de veinte volúmenes, pero eso era para mi padre. Los hermanos mayores obtenían sus libros de la biblioteca, pero para nosotros, los menores, no había nada. Cuando fui introducido a la historia en la escuela en la versión seca de un texto, me confundió más de lo que me enseñó. Lo mismo pasó con geografía. Mis compañeros ya habían visto algo del mundo con sus padres, tal o cual ciudad, o habían viajado fuera de Alemania. Yo no conocía nada, mi mundo era muy pequeño, era Nuremberg. Comparado a mis compañeros yo era inmaduro, y me*

*demoré muchos años en compensarlo. Leía los libros de aventura de Karl May.*

En su tercer curso el profesor era bajo. Mi padre sólo recuerda dos episodios de ese año, los dos desagradables para él. El primero tenía que ver con el carnaval. Se había puesto un gran sombrero de papel y fue a la calle Koenig donde se efectuaba. El profesor, que también estaba allí, lo ridiculizó y lo reprochó por su sombrero. *¿Era un crimen tan grande de mi parte, un muchacho de 12 años, querer divertirse un poco, tener un poco de variedad? ya que no viajaba, no tenía fiestas, excepto las fiestas religiosas que no terminaban nunca con rezos en hebreo que no entendía, que duraban tres horas.*

El segundo episodio ocurrió en una clase de geografía, en que usaban un atlas. Mi padre tenía un lente de aumento con que miraba el mapa. No sé porqué el profesor se molestó, lo confiscó y lo que más resintió a mi padre es que nunca lo devolvió.

Con el tiempo se fue interesando en botánica y el edificio de la Asociación de Ciencias Naturales llegó a ser su segundo hogar. Para poder sacar libros de allí, mi abuelo se hizo socio. No solo había textos sino también colecciones de animales disecados, colecciones de minerales, etc. Allí conoció a un tal señor Henning, que estudiaba plantas. Los dos salían al campo los domingos, así que mi padre se hizo un experto en estas y en la escuela se le consideraba una autoridad en ciencias naturales.

En octubre de 1914 Emil hizo su *barmitzvah*, lo que se esperaba de cada niño judío al cumplir trece años de edad. Es una ceremonia religiosa delante de su comunidad en la sinagoga en que el niño es aceptado en la congregación de los hombres y tiene los mismos derechos y las mismas obligaciones religiosas que ellos. Es una ceremonia que se prepara durante meses, en que hay que saber leer los rezos en hebreo, sin las vocales, y cantar los salmos y las alabanzas también en hebreo. Mi padre pensó que el hecho de hacer su *barmitzvah* lo maduraría automáticamente, lo que no sucedió. No tuvo mayor significación para él. *Permanecí un muchacho inmaduro y la escuela siguió siendo una carga. Quedó*

sorprendido e incluso desilusionado que nada hubiese cambiado, que espiritualmente nada hubiese sucedido. Otra desilusión fue que apenas recibió regalos. La costumbre era recibir presentes de los familiares y amigos, pero la guerra había recién comenzado y todos se excusaron de los «malos tiempos» para no llevar obsequios.

En 1915, a los catorce años fue promovido al quinto curso, apenas. Su profesor fue el señor Keller, un nacionalista entusiasta, maravilloso profesor de historia y un gran antisemita. Mi padre lo describe como «una suerte en la desgracia», como «una rica sopa, a la que se le ha puesto demasiada sal».

*Me hizo la vida difícil pero sus notas fueron siempre justas. Con él, el colegio tuvo más sentido. Hasta entonces había sido un mal necesario, que me quitaba tiempo de las lecturas de Karl May. Ahora llegó a ser el centro de mi existencia. Ese primer día del quinto año con el nuevo profesor Keller comenzó una situación difícil. Se había hablado sobre un poema de Goethe. Yo sabía que el poema no era de Goethe. Con las mejores intenciones y para ganarme la buena voluntad del profesor, después de clases le pregunté si el poema no era de Paul Heyse. ¡Fue un error! Desde ese momento me trató lo peor que pudo. Por el otro lado siempre fue muy justo con las notas.*

Muchos años después cuando mi padre volvió a Nuremberg para un casamiento, Keller y él se encontraron y mi padre tuvo el placer de pasar a su lado sin saludarle.

A otro de sus profesores, Jacob Zink, le molestaba que los alumnos le hicieran preguntas. Era un hombre simpático, de buen humor, pero muy aburrido. Tenía la costumbre de repetir las últimas palabras traducidas de Homero al final de la clase. Algo así: *la sangre goteaba, ustedes pueden salir ahora, la sangre goteaba.*

La cátedra de Historia Moderna estaba a cargo de un hombre viejo y enfermo que enseñaba en las tardes. Cuando llegaba al colegio iba primero a la sala de profesores para recuperarse de la fatiga del camino. Seguramente tenía problemas con el corazón. Comenzaba sus clases de historia moderna con el siglo XV, no llegando nunca al siglo XVI, porque su clase sin preparación tomaba una dirección equivocada y aterrizaba en el siglo XIV. Esto le sucedía continuamente porque al final del semestre aún se encontraba en el siglo XV. No creo que se diera cuenta de su extraño método. Quien no estudiaba por su cuenta se sentía completamente frustrado.

El tema del examen escrito al final del octavo semestre era «Los germanos al comienzo de la Edad Media». Era algo que mi padre sabía muy bien y pudo escribir sobre ello en forma inteligente. En la prueba oral se les examinó en tres materias: historia, filología alemana e inglés. Obtuvo la calificación de «muy bueno». La razón fue que los tres profesores que le tomaron la prueba habían quedado muy impresionados con su trabajo escrito y querían darle esa nota aún antes de examinarlo. Al término, uno de los profesores lo invitó a comer a su casa.

Cuando Frida, la hermana de mi padre, encontró trabajo en Bruselas, Bélgica, arrendaron su cuarto a un tal Roman Luffig, con quien Emil se hizo muy amigo. La atracción más grande para él fueron varios volúmenes de los cuentos de Karl May que Roman trajo consigo y que mi padre leía en ese entonces. Roman más tarde emigró a Brasil donde llegó a ser un industrial y benefactor rico y muy respetado.

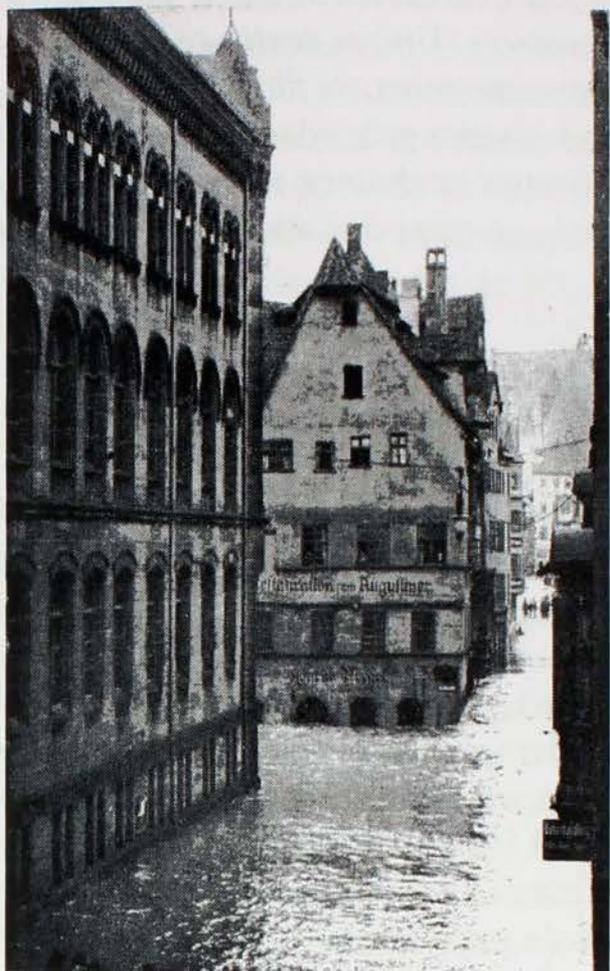
Frida, según mi padre, era muy bonita, con pelo negro, delgada, bien formada e inteligente. Tuvo una serie de pretendientes a una temprana edad, los cuales tuvo que rechazar por no ser judíos. Uno de ellos era de la nobleza, a quien conoció en clases de baile. A su regreso de Bruselas, mientras trabajaba en una compañía bastante grande, conoció a Erwin. Conversaban en la oficina y luego comenzaron a hacer paseos. Cuando mis abuelos lo supieron, inmediatamente quisieron conocer al joven pretendiente, que no era tan joven después de todo. Tenía dos veces la edad de ella. *Queremos conocer a este hombre, no más paseos en*

*el parque*, le dijeron sus padres. Así un domingo Erwin llegó a la casa. Los padres decidieron que él podía venir todos los domingos y tocarían música, Frida el piano y Erwin el violín. Y toda la familia a su alrededor para escucharlos hasta que Erwin se despedía. *¡Qué situación tan terrible para una pareja que quería conocerse!*

Los conciertos continuaron, pero mi abuelo ya se impacientaba. *¿Por qué Erwin no podía decidirse si quería casarse o no? Si no puede decidirse que lo deje y no vuelva.* Pero Erwin no podía decidirse tan rápido. Vivía con su madre y seguiría viviendo con ella si se casaba. Continuaron viéndose de vez en cuando, ya que trabajaban en la misma compañía. Finalmente se casaron con una gran celebración en la casa de mis abuelos. Al año nació mi primo Heinz, quien tuvo un papel importante en salvar a mi padre, unos dieciséis años más tarde, pues le consiguió desde Inglaterra, donde se encontraba, un patrocinador. Del mismo modo pudo salvar a su madre, la tía Frida, a quien ya mencionamos y cuya historia contaremos más adelante.

\* \* \*

De repente los intereses de mi padre cambiaron. Ya no leía cuentos de Karl May, autor que escribía cuentos para niños, ni le interesaba ya la botánica. Empezó a leer «buena literatura» y se interesó en filosofía y teología. La pubertad había dado paso a su desarrollo espiritual. Ese año conoció al que fue su mejor amigo, Hans Bauer, un compañero de clases en la escuela secundaria, a quien ya presentamos antes, y quien llegó a ser clérigo protestante y cuya amistad duró hasta el final de sus días. Cuando mi padre murió, yo llamé a su amigo para pedirle que hiciera un servicio religioso, lo cual fue imposible, ya que él estaba casi ciego y no podía viajar. Los dos se interesaban en literatura y pasaron innumerables horas juntos entre 1915 y 1920, la mayoría del tiempo en la casa de Hans. *El que él tuviera una madre tan cariñosa y una hermana encantadora hacía la caminata a su casa más liviana.* Si la señora Bauer fue antisemita como él oyó de-



*Inundación de Nuremberg.*

cir después, ella nunca se lo dejó sentir. Siempre fue muy amistosa y servicial con él.

La amistad con Hans Bauer fue la más fuerte, más profunda, más productiva en cuanto a intercambio de ideas, que tuvo en su vida. Tal vez una razón de esta gran amistad fue que ambos provenían de una clase baja. Los otros compañeros de colegio descendían de familias más adineradas, uno era hijo de médico, otro hijo de farmacéutico, un tercero tenía padres ricos.

Lo que unía a mi padre y a Hans era el interés literario en el sentido más amplio, que incluía lo artístico y lo filosófico. No se acordaba mi padre de dónde sacaban los libros que discutían, tal vez de la biblioteca pública o los compraban de segunda mano muy baratos. Pasaban tardes enteras discutiendo todo lo que despertaba su interés: libros, pensamientos, percepciones y experiencias. Los dos estudiaron después en la Universidad de Erlingen, pero de allí sus caminos se separaron. Al volver mi padre a Alemania en 1964 su contacto con Hans se renovó. *Nadie me escribe cartas tan hermosas como Hans Bauer*, escribió en su diario.

Otro suceso muy importante para su desarrollo espiritual y su vida interior fueron las discusiones con algunos clérigos protestantes. Fueron una revelación, aquí aprendió sobre teología y filosofía. En estas reuniones la gente hacía preguntas princi-

palmente sobre estos temas. La guerra continuaba, pero no se hablaba de ella, como si no existiera. *Uno se sentía en un mundo superior, en el mundo de los pensamientos, de filosofía y teología.* Quienes atendían eran mujeres jóvenes y de edad; también lo hacían hombres mayores. Los jóvenes estaban en el frente. Después de la guerra Emil perdió interés en estas discusiones y entró a la universidad.

### *Primera Guerra Mundial*

La noche que se declaró la Primera Guerra Mundial, Emil recuerda que volvía con su padre de los servicios religiosos en la sinagoga y vio a mujeres paradas delante de los quioscos de diarios, llorando.

Mi abuelo era un verdadero patriota y la gente en su mayoría se sentía contenta porque pensaba que los alemanes eran invencibles y que la guerra no demoraría nada, mi padre tenía dos hermanos que tendrían que ir al frente de batalla. Era un asunto grave para la familia, sin embargo existía una gran agitación en el ambiente. Mi padre que tenía trece años en ese entonces y su hermana Frida de diecisiete, salieron a coleccionar tabaco, libros y dinero para *nuestros soldados*, que debían entregar en un cierto lugar a una determinada hora.

Desde el comienzo de la guerra, mi padre caminaba desde Nuremberg a los campos de pueblos cercanos a comprar legumbres, carne, huevos, cualquier cosa que pudiera conseguir. Como había además una gran inflación, los agricultores optaban por cambiar preferentemente sus productos por muebles que era algo que no perdería su valor. Así que mi padre no siempre conseguía alimentos, a pesar que su familia había comprado de estos agricultores por muchos años.

En Burgsteinfurt, mi abuela materna solamente recibía una pequeña pensión del gobierno, mientras mi abuelo estaba en la guerra. No solamente escaseaba el dinero sino también los diferentes productos y los estantes en los negocios se encontraban

casi vacíos. Había privación. En 1918 la ración de alimentos, que a veces se suplía con el mercado negro, alcanzaba a cubrir solamente entre 57 y 70% de las calorías que se necesitaban para hacer trabajos livianos. Productos hechos en Alemania aumentaron entre 300 y 400% de su valor monetario. Mujeres que trabajaban en las fábricas se desmayaban de hambre, cansancio y enfermedad, sufriendo además frío, ya que había también días sin calefacción en el trabajo.

La guerra terminó en noviembre del año 1918, de repente. *¿Qué pasará mañana? ¿Habrá revolución? ¿Se desatará un pánico general? ¿Habrá un colapso del orden? ¿Qué hará la policía?* Mi padre tenía la chaqueta militar de su hermano donde el sastre, para que se la arreglara para él. Se preguntó si cerraría el negocio a causa del término de la guerra. Fue allí esa misma noche a buscarla. El día siguiente todo transcurrió en forma normal. Hubo trastornos en Munich, pero la vida en Nuremberg siguió con toda normalidad, las clases y todas las demás actividades.

La guerra había sido una gran desgracia para la familia de mi padre, por la pérdida de tres hermanos que murieron luchando por Alemania. Habían sido siete hijos en total, Frida, la única mujer. La relación entre Emil y todos sus hermanos era muy buena. Ninguno de los mayores intimidaba a los menores. Emil y Bruno eran muy cercanos en edad y jugaban juntos. Bruno fue convocado por el ejército a fines de enero de 1918 y en junio fue enviado al frente. Tomó parte en las batallas de Kemmelberg y durante la retirada murió por una bala que atravesó su libro de oraciones y cruzó directa al corazón, el 30 de agosto de 1918, cerca de Fremicourt, Bélgica. Nunca se recuperó su cuerpo.

Sus hermanos mayores, Moritz y Ludwig, también cayeron víctimas de la Primera Guerra Mundial, como Bruno ¿Alguien puede imaginarse el dolor de mis abuelos al perder tres hijos en la guerra? El nombre de los tres hermanos, mis tíos, se encuentran en un monumento conmemorativo a la entrada del cementerio israelita de Nuremberg.

Pronto los soldados comenzaron a volver a una Alemania devastada. Se encontraban enfermos, hambrientos y sucios, y así

también mi abuelo materno. Los tiempos estaban muy malos económicamente. El cambio del marco alemán, que antes de la guerra estaba a 4,2 por dólar, en 1919 estaba a 8,9 y al final del año 1923 llegó a 4,200,000,000. Las prensas, trabajando veinticuatro horas diarias no daban abasto para producir todos los billetes que los bancos necesitaban. El marco ya no tenía ningún valor y la gente empezó a hacer trueques. Alimentos y otros artículos subían de precio de un día a otro. Tan pronto como se recibía dinero, se gastaba, pues al día siguiente los productos eran más caros. Mi abuelo y otros transportaban el dinero que recibían en un carretón y compraban alimentos inmediatamente. El marido de mi tía Frida traía su sueldo a casa cada fin de semana en una maleta porque eran billetes de muchos millones de marcos. La gente que no tenía una propiedad o acciones, perdió sus ahorros.

Por otro lado, hubo gente que pudo hacerse de un gran capital en semanas o meses, pues los bancos daban créditos a bajo interés a comerciantes que compraban mercancía o propiedades, haciéndose de grandes ganancias. Nadie en mi familia lo logró o se le ocurrió intentarlo.

Entre los años 1924 y 1929 Alemania tuvo un período de gran recuperación económica, convirtiéndose nuevamente en una de las grandes naciones industriales del mundo, pero el derrumbe de Wall Street en 1929 en los Estados Unidos, que ya venía preparándose en Europa y en América del Norte, la afectó, sufriendo un gran colapso por su dependencia del capital extranjero. El desempleo subió pronunciadamente de un millón en 1929 a tres millones en 1930, a cinco millones en 1931 y a seis millones en 1932. Todo esto contribuyó a la gran popularidad de Hitler. Mis padres habían cumplido en ese entonces veinticinco y treinta y un años, respectivamente, mi madre siendo la menor.

Después del conflicto, hubo muchos judíos activos en la reconstrucción de Alemania. Hugo Preuss que llegó a ser Ministro del Interior, preparó el borrador de la constitución de Weimar, una de las más democráticas en Europa, después de la guerra. Walter Rathenau, también israelita, fue Ministro de Reconstrucción y más tarde Ministro del Exterior.

Pero la culpa de la humillación sufrida por Alemania fue atribuida a los judíos. Hubo un aumento de antisemitismo, especialmente demostrado por un pequeño y nuevo partido político, el Partido de los Obreros Nacional Socialistas, conocido más tarde con el nombre de Partido Nazi. En febrero de 1920 el partido, de solo sesenta miembros, tenía un programa de 25 puntos que fue publicado en Munich. Querían crear una «Gran Alemania» y pedir que se les devolvieran las colonias alemanas perdidas en la guerra. El punto cuatro de su programa decía que solo los de sangre alemana eran miembros de la nación, así que ningún judío podía serlo.

El 13 de agosto de 1920, Hitler habló durante dos horas en una bodega de vino en Munich. Discutió las razones por las cuales se oponía a los judíos y prometió librar a la gente de ellos y de su poder. Según él, el nuevo lema debería ser ¡*Antisemitas del mundo, uníos!*; ¡*Gente de Europa, libérense!* y pidió *la eliminación de los judíos del medio de nuestra gente.*

1920 fue también el año en que Emil terminó la escuela secundaria. Ya antes había despertado en él un interés en las chicas. Las conocía por medio de su hermana Frida. Ana, que era cinco años mayor que él, fue la más importante en su vida. Estaba comprometida con un soldado que en ese entonces se hallaba en el campo de batalla, sin embargo parecía tener interés en mi padre. Lo que él no comprendía era cómo tenía tanto tiempo para dedicárselo. La experiencia con Ana fue el gran acontecimiento de su existencia.

*Mi relación con ella fue de veneración, adoración. Soñaba cómo podría demostrarle mi amor, lo mejor sería con mi muerte salvándola de algún peligro. Recuerdo la vez que estábamos sentados en el sofá, callados, talvez tomados de la mano. Cuando tuve que irme al mediodía estaba tan emocionado que empecé a rezar por ella y expresarle mis sentimientos. Me escuchó en silencio. Para ella seguramente mi comportamiento le pa-*

*reció muy extraño. Después de esto empezamos a besarnos al ir de paseo en las tardes o cuando estábamos solos en su casa. Los sábados tenía yo una hora libre en la escuela. Me apuraba para llegar a casa de Ana, apenas el tiempo alcanzaba para unos besos, y luego corría nuevamente a la escuela. No recuerdo bien qué año cursaba. Ella me había dado un anillo, que aún tengo. En ese tiempo lo llevaba puesto constantemente y nadie me preguntó de dónde había venido. Pero nuestro amor se terminó como se terminan todas las cosas.*

Ana se casó, no con su novio, el soldado, sino con alguien a quien cuidó en el hospital donde trabajaba. Emil la vio varias veces en Nuremberg. Le escribió de vez en cuando desde Chile durante el nazismo pero nunca recibió una respuesta. Después de la guerra, en 1945, llegó una carta de ella. A su familia le iba mal y le pedía ayuda a mi padre. La gente en ese tiempo mandaba paquetes con alimentos a Alemania, pero mi padre no lo hizo, ella nunca le había contestado sus cartas. Años después él comprendió que en esos tiempos de guerra, en pleno nazismo, ella tenía que tener mucho cuidado y no podía tener correspondencia con un judío. De ser descubierta, su vida habría estado en peligro. Además, ¿le habrían llegado esas cartas en plena guerra? *Su muerte prematura no me permitió expresarle mi arrepentimiento y compensar en alguna forma mi falta de bondad.*

\* \* \*

A los 17 años, antes de entrar a la universidad, Emil había hecho un viaje para visitar a la familia de su padre. Su tía Rosalin, que vivía cerca de la ciudad de Essen, se había casado con un católico, convirtiéndose ella al catolicismo. Al morir su marido a temprana edad, entró a un convento de monjas. A fines de la década de los treinta cuando la Gestapo la fue a buscar a

su antigua dirección, ya que figuraba como judía en sus listas, los vecinos le dieron su nuevo domicilio a la policía, así terminó sus días en uno de los campos de concentración.

Otra tía, la Tante Clara, vivía en Mainz, una ciudad antigua del período de los romanos. Era enfermera jefe de un hospital judío y muy cariñosa con todo el mundo. También la vinieron a buscar junto con su hermana Regina.

Mi primo y sus padres recibieron una última carta de ellas antes del transporte. Decía lo siguiente, traducido:

*Nos alegramos mucho con vuestra carta.  
Estamos con buena salud.*

*Partimos el jueves con dirección desconocida. ¿Tienen noticias de Lena?*

*Emil escribe, Ricardo y Justin no. Un afectuoso adiós. Las tías.*

El *afectuoso adiós* era una despedida en que les indicaban a mis tíos que adivinaban lo que les sucedería, aunque no la forma. Supimos después de la guerra que habían sido llevadas a Riga, Latvia, al igual que mis abuelos maternos, en los transportes de ganado sin comer y con muy poca agua en un viaje que duraba varios días. Llegando a Riga se les llevó a un bosque, a algunos se les obligó a cavar fosas, las víctimas tuvieron que alinearse delante de ellas y al disparar, cayeron en estas. Fue el comienzo de «la solución final». Más adelante se desarrollarían métodos más «eficientes».

### *Estudios universitarios y vida profesional*

Emil fue el único en su familia que pudo ir a la universidad; era caro enviar a un hijo a estudiar y mis abuelos solo tenían recursos para uno de ellos. Después de la muerte de los tres mayores en la Primera Guerra Mundial, Emil era el de más edad de los que sobrevivieron y por eso sus padres lo enviaron a estudiar.

Cursó sus estudios universitarios en la Universidad de Erlangen, sólo a pocos kilómetros de Nuremberg. A veces él y sus amigos caminaban el trecho o lo hacían en bicicleta. Lo que más le interesaba era la filología, asignatura que más tarde enseñó en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en Santiago.

En 1925, a los 24 años, había terminado sus estudios universitarios y estaba listo para comenzar a trabajar. Encontró ocupación como profesor en una escuela secundaria judía en Hamburgo, cuyo director y dueño era el doctor Jacob Loewenberg, una persona muy respetada en los círculos israelitas, también muy conocido como escritor, que había surgido de una situación económica baja, a la prosperidad.

Mi padre enseñaba a un grupo de niñas adolescentes consentidas de familias adineradas que le eran completamente ajenas, ya que nunca antes había tenido este tipo de alumnas. Fue un año muy difícil y temió perder su puesto. Al año siguiente le tocó otro curso, mucho menos exigente. No tuvo mayores problemas: las niñas estaban todas enamoradas de él, comportándose en forma ideal. Siguió con ellas por cuatro años hasta que terminaron sus estudios. Es más, después que se graduaron, algunas siguieron juntándose en un pequeño grupo con mi padre para discutir cosas de interés mutuo.

Por ese tiempo mis padres se conocieron en un baile, mi madre era estudiante en la universidad de Hamburgo y escribió lo siguiente en su diario de vida:

*Después de conocer a Emil el mundo ya no parecía un lugar tan horrible y lleno de enemigos. Empezaba a sentirme cálida por dentro. Uno esperaba con ansiedad estar juntos, juntos en un cuarto abrigado, comiendo un pan con mantequilla, vestirse para alguien, aunque vestirme era mi mayor problema, no tenía mucho de donde elegir. No tenía nada de dinero, pues mi padre no podía mandarme nada. Y para peor había perdido mi trabajo en la casa de la familia para quien*

*cuidaba los niños, al volver más tarde de lo que había prometido.*

La universidad le dio una pequeña beca y le consiguió alumnos con cuyo dinero pagaba un cuarto. Ya podía comer, aunque a veces fuera sólo un plátano. Conoció y visitó en esa época a la familia de un colega de mi padre, los Dingkuhn, que enseñaban en la misma escuela que Emil; eran pintores sin mucho dinero, pero su casa se llenaba de gente para conversar y pasar un rato agradable. Fueron los únicos amigos que mi madre tuvo en Hamburgo. Nunca con ellos se sintieron mis padres diferentes, unos alemanes y otros judíos (al volver a Hamburgo en la década de los sesenta mi padre reanudó su amistad con ellos).

### *Mi madre*

Durante sus vacaciones universitarias, mi madre volvía a su casa en Burgsteinfurt, paseaba en el parque y leía. A causa del antisemitismo, la situación económica de sus padres había empeorado. Mi abuelo era vendedor de ganado pero ya los arios habían dejado de comprarle a los judíos, existiendo una ley que lo prohibía. Mientras más crecía la inflación, más alto era el desempleo y más aumentaba el antisemitismo, y los comerciantes lo sentían. La atmósfera en su pequeña ciudad empeoraba de semestre a semestre y ella se encontraba muy sola. Sus amigas de antes y sus compañeras de clase se distanciaron. Se escuchaba en todas partes a diario el grito de «Alemania despierta», «púdrete judío». El gobierno de Hitler quería que los alemanes se distanciaran de los judíos, y efectivamente la gente empezó a quitarles el saludo a los israelitas, fue una muerte social a la cual siguió la muerte física.

Durante ese tiempo Hermann, el mejor amigo de mi tío Jorge, con quien había tenido amistad desde siempre, repentinamente dejó de saludarlo, de la noche a la mañana. Un alemán

no quería ser visto con un israelita en ese tiempo, a veces por miedo, a veces por la creencia que éstos eran gente indeseable. Mi tío jamás pudo olvidar este desaire. De la noche a la mañana los alemanes que uno había conocido toda la vida, dejaron de saludar, de hablar con uno. El israelita se había convertido en el enemigo. Los alemanes no querían que nadie supiera que habían sido amigos de uno. Al salir mi tío Jorge de Alemania juró no volver nunca más.

Hasta los hijos de matrimonios mixtos fueron tratados muchas veces como judíos, esto es, muy mal. La historia que cuenta una mujer de Burgsteinfurt, cuya madre era católica y cuyo padre judío y que habiendo sido educada y crecido como católica, perdió su puesto como profesora en 1936 por considerársele judía, y se fue a vivir con familiares en otra ciudad. Tuvo una vida muy difícil, pues vivió en forma ilegal, por lo tanto ella y sus hermanas no recibían tarjeta de racionamiento de comestibles. En Burgsteinfurt sus mejores amigas ya no la saludaban y algunos ciudadanos le escupían en la calle. Ya en 1934, se le hacía salir de locales con el grito de *Juden raus hier* (judíos fuera de aquí), o se le acercaba el dueño que ni siquiera pertenecía al partido, pidiéndole también salir de su establecimiento porque se encontraban allí algunos nazis. Lugares públicos mostraban carteles diciendo: *Kein Zutritt für Juden* (no se admiten judíos) lo que los llevó a un completo aislamiento.

Además todos los domingos en la mañana los SA (soldados de la milicia nazi), marchaban delante de las casas donde vivían israelitas, gritando «Hängt die Juden» (cuelguen a los judíos) o «pongan al pez gordo delante de la pared».

El sacerdote católico Hermann Scheipers, de la ciudad de Ochtrup, cerca de Burgsteinfurt, que también estuvo internado en el campo de concentración Dachau, cuenta la historia de la señora Loewenberg, que tenía una tienda de sombreros en la calle Bult, que cuando los alemanes la vinieron a buscar para el transporte, se llevó sus cortinas, diciendo que quería adornar con ellas su nuevo hogar, no sabiendo que su nueva vivienda sería la cámara de gas.

Y así hay un número interminable de historias que llegan al infinito.

\* \* \*

Las vacaciones de mi madre en su pequeño pueblo eran cada vez más insoportables, debido al antisemitismo de sus amigas y de la población en general. Lo único que la alegraba un poco eran las cartas de Emil.

Después de varios años de conocerse, mis padres se comprometieron. Él enseñaba en ese entonces y ganaba un buen sueldo. Se casaron un 24 de diciembre en la sinagoga en Burgsteinfurt, que hoy ya no existe, pues fue incendiada por los nazis. Después de la ceremonia pasaron su primera noche en Munster, pero mi padre no había considerado necesario hacer reservaciones y los hoteles estaban cerrados. ¡Era el 24 de diciembre! Caminaron de un hotel a otro, de una calle a la otra, muertos de frío y cansancio y todo le parecía a mi madre una pesadilla. Finalmente encontraron un hotel abierto. Al día siguiente viajaban a París donde fueron recibidos por mi tío Ricardo, hermano de mi padre, que ya había tenido problemas con los nazis anteriormente. Había decidido emigrar a Francia y luego a Israel.

De vuelta de su luna de miel arrendaron dos cuartos amoblados con derecho a baño y cocina. La dueña de casa era una mujer poco amable y amargada que en cualquier momento levantaría su brazo derecho para gritar *Heil Hitler!* Mi madre empezó a estudiar para su examen final, llamado el *Staatsexam* en Alemania, en medio de preparaciones de comidas y clases particulares. Años después pensó que habría sido un tiempo hermoso sin tantas preocupaciones, tantos temores, sin lo horrendo que se aproximaba, se sentía en el aire, en la atmósfera, sin escuchar los gritos de «Heil Hitler», «Alemania despierta», «Judío púdrete».

Aprobó sus exámenes, aunque en esos tiempos difíciles sus pensamientos no estaban en lo que estudiaba. Había problemas importantes que resolver, que eran los de su existencia misma, de la existencia judía. Consiguió trabajo como profesora, en que

cada clase debía comenzar con un *Heil Hitler!* Pero las cosas se resolvieron por sí mismas, pronto los israelitas ya no podían enseñar en colegios públicos, ni los niños judíos estudiar en escuelas del gobierno.

Mi madre quería tener un hijo o hija, aunque mi padre pensaba que no era una buena idea traer al mundo un niño judío en esos tiempos.

1933 fue el año en que fui concebida y en que Hitler subió al gobierno, el año en que ninguna criatura judía debería haber sido procreada en Europa, si la gente solamente hubiese imaginado el futuro.

Cuando los nacionalsocialistas ganaron en Alemania y el régimen nazi comenzó, mi padre enseñaba en un colegio en Hamburgo, mi madre acababa de perder su trabajo por ser judía, y yo iba a nacer pronto. La subida de Hitler al poder fue para los hebreos como un ciclón, aunque nadie se podía imaginar el futuro. La mayoría pensó que todo pasaría en algunos meses, y así también lo creyeron mis padres. Pero no todos fueron tan crédulos, mi tío Ricardo ya se había ido de Alemania a Francia y luego a Israel, y en 1936 a Chile, donde su cuñado había inmigrado anteriormente. Esto nos salvó la vida más adelante, porque fue el tío quien nos compró visas con sus últimos pesos. Era difícil conseguir un permiso de entrada a un país cuando todos los judíos trataban de salir del infierno europeo. El mundo no podía absorberlos a todos, ni quería. Era más fácil teniendo un pariente ya en el país.

En 1933, al comienzo del nuevo año escolar, mi padre también perdió su trabajo, como la mayoría de los israelitas. ¿Qué hacer? ¿Qué sucedería? Ocurrió el milagro. Un día tocaron a la puerta y una mujer saludó a mi padre con la frase: «el profesorado lo está esperando». Se le asignó un curso en un colegio en Tonndorf, Hamburgo, cerca de donde recientemente se habían mudado a la casa de una viuda judía. Los dueños de la casa donde habitaban anteriormente, por ser nazis, los habían echado.

Enseñar a niñas de seis años que eran tan fáciles de manejar le agradó mucho a mi padre. También los colegas eran



*Dr. Emil Goldschmidt, director del colegio judío en Stuttgart, Alemania, saluda a los nuevos alumnos (Cortesía del archivo de la ciudad de Stuttgart).*

simpáticos, habiendo entre ellos sólo un nazi, que no era hostil. Toleraron a mi padre y le ayudaron. El socialismo agresivo no había aún saturado a la población, pero pronto se le sintió. En el Ministerio de Educación los nazis despidieron a los más viejos y ya no fue posible que un profesor judío enseñara en un colegio público.

Pero como los niños israelitas tampoco podían estudiar en escuelas del gobierno, surgieron colegios para ellos en todas partes, y aquí vino una oportunidad para mi padre, el cual consiguió un puesto como director de la nueva escuela hebrea en Stuttgart, que él dirigió hasta 1939, año en que afortunadamente pudo emigrar a Inglaterra. Él supo después que todos los alumnos de esa escuela que no pudieron salir, fueron llevados a un campo de concentración y asesinados, cerca de cien, junto a sus profesores.

La ciudad sureña atrajo a mi madre, que nunca había estado en esta región. Habiendo siempre vivido en cuartos arrendados, fue fácil mudarse. Sólo fue necesario hacer sus maletas. Ahora tuvieron la posibilidad de tener su propio departamento y comprar sus muebles. Se instalaron en el primer piso en la calle Zeppelin

13, que en ese entonces quedaba fuera de la ciudad, en una calle que llevaba a un bosque.

Era una época en que ya todo estaba prohibido para los judíos: ir al cine, prohibido; ir a la piscina, prohibido; prohibido, prohibido, prohibido. *Uno lo sentía en la piel, en la sangre, despertándose y quedándose dormido.* Así, los israelitas hicieron sus cosas separadas de los alemanes. Tenían sus propios colegios, sus propios conciertos, sus propias presentaciones de teatro. Era un *ghetto* psicológico que se convirtió más tarde también en un *ghetto* físico.

Mi madre estaba embarazada conmigo y se sentía feliz esperando mi nacimiento, a pesar de todo. *Este ghetto psicológico también tenía sus lados buenos, estábamos entre nosotros, teníamos los mismos amigos, las mismas preocupaciones, los mismos temores, y desesperadamente tratábamos de cerrar los ojos para vivir una vida normal. Todavía nacían niños judíos, lo que era un milagro. Uno no podía creer que no hubiera un Dios que nos sacaría de este mundo de odio e injusticia...* escribió mi madre.

Nací el trece de julio de 1934, al grito de *los judíos son nuestra desgracia y los judíos son nuestros enemigos.* Llegué a este mundo a los alaridos del Führer haciéndonos responsables de todas las desgracias de Alemania, lo que sus habitantes ya empezaban a creer.

Oíamos a los soldados en las calles marchando al son de esta canción:

*Wir werden weiter marschieren  
bis alles in Scheiben fellet  
denn heute geh`rt uns Deutschland  
und morgen die ganze Welt.*

En español:

*Continuaremos marchando  
hasta que todo haya sido destrozado*

*porque hoy nos pertenece Alemania  
y el mundo entero mañana.*

El número 13 parecía tener un significado importante para mi madre, ella nació un trece de enero, su hermano un trece de junio, yo, un trece de julio y nuestro apartamento en Stuttgart estaba en calle Zeppelin 13, ¿sería todo coincidencia? ¿Todo coincidencia?

Mi nacimiento fue difícil, pues a mi madre le vino una hemorragia. Escuchó a dos enfermeras a la cabecera de su cama comentar que tal vez ella no pasaría la noche. Pero el médico se amaneció a su lado. Cuando ella despertó al otro día ya estaba fuera de peligro.

Ahora le vinieron ataques de ansiedad y veía la muerte en todos los rincones de la casa, en la calle, en la ciudad. A cualesquier parte que fuera, la idea de la muerte la perseguía dejándola oprimida. Por meses se sintió infeliz. Nadie ni nada podían sacarla de ese estado depresivo.

El dinero que ganaba enseñando inglés, se lo mandaba a sus padres, cuya vida se les hacía cada vez más difícil debido al nazismo, ya que estaba prohibido para los alemanes comprar de los judíos, sólo ellos podían comprar de otros de su misma religión. Ya no les alcanzaba con lo que ganaban. No sacaban nada con irse a otro lugar, en todas partes era lo mismo. ¿Por qué no emigraron entonces? Pero para eso se necesitaba dinero. ¿Y adónde emigrarían? ¿Qué haría una pareja de ancianos sin dinero y sin saber el idioma de ese otro país? Pero aunque hubieran decidido hacerlo, nadie los querría, ningún país les daría una visa, un permiso de ingreso. Creo que la gente en general esperaba que sucediera un milagro y se esperaba paralizado de temor hasta que llegara.

Muchos jóvenes emigraron a Palestina, incluso los que no eran sionistas, pero se necesitaba dinero para ello también y era necesario ser joven y fuerte para trabajar allí. Mi tío Ricardo fue uno de aquéllos. Muchos países simplemente cerraron sus

puertas y sus ojos a tanta miseria y sufrimiento. Para entrar a los Estados Unidos, por ejemplo, se necesitaba un patrocinador para no llegar a ser una carga para la nación y había que esperar una cuota (solo un número determinado de personas podía entrar al año), y si esta estaba completa, había que esperar el siguiente. Los países sudamericanos cobraban mucho dinero por sus visas. Un tío de mi madre se fue a Chile con su familia vendiendo su casa en el momento propicio. Dos años después su prima con el marido les siguieron. Aquellos de su familia que se quedaron en Alemania murieron en campos de concentración. Mis padres en ese tiempo trabajaban en el colegio judío en Stuttgart. Se contaba con la posibilidad de enviar niños israelitas a Inglaterra, Suecia o Palestina así es que se les preparaba para la emigración, enseñándoles inglés, sueco o hebreo.

Mi madre fue contratada por la Organización Judía para enseñar idiomas extranjeros en diferentes ciudades a través de Alemania, dejándome con mi padre y una criada de confianza. En ese tiempo no se permitía que una mujer aria trabajase para judíos, a menos que tuviera sesenta años o más, porque a esa edad, según los nazis, ya no existía el peligro «sexual» que se castigaba con la muerte. La que nos ayudaba tenía esa edad.

La situación empeoraba continuamente. Un amigo de mis padres pudo emigrar a Inglaterra. Parientes y amigos iban donde podían, la gente se preparaba para salir, aprendiendo algún oficio con que ganarse la vida. Saber algo práctico era mucho mejor que tener una profesión universitaria si no se sabía el idioma del país al cual se iba, sería más fácil encontrar un trabajo.

El boicot a tiendas, a médicos, a abogados israelitas ya se había anunciado para el primero de abril de 1933, más de un año antes de mi venida a este mundo. Como les estaba prohibido a los alemanes arios comprar en tiendas judías o visitar médicos o abogados hebreos, altoparlantes en las calles principales anunciaban: «no compren en tiendas judías», «no visiten médicos o abogados judíos», «los hebreos son nuestra desgracia». Los nazis colocaron letreros de colores rojos y amarillos anunciando que esas tiendas pertenecían a israelitas. No era solo el boicot, sino que aconte-

cieron también palizas y muertes. Judíos y alemanes críticos del gobierno fueron internados en campos de concentración y se les golpeaba sin misericordia. Los alemanes sin duda, querían demostrar a las naciones del mundo de lo que eran capaces de hacer.

En 1935 se les quitó la ciudadanía alemana a los judíos, lo que significaba que ya no tenían ninguna protección ante la ley. Se les consideraba judíos si tenían un solo abuelo semita.

Hugo Willdorf, un ciudadano alemán, había dejado su práctica dental en Berlín porque su clientela había disminuido tanto, que no podía ya ganarse la vida y fue con su familia a Praga buscando un mejor futuro. Pero en 1938 estaba desesperado por salir de allí, pues su vida y la de su familia peligraban y escribió una carta a la Comunidad Judía en New Jersey, Estados Unidos, para que le encontraran un patrocinador. Tenía tres hijas de diecisiete, quince y diez años<sup>5</sup>. ¿Cuántos miles de personas como él estarían en sus mismas condiciones?

Muchos judíos pensaron que esta época de locura pasaría, no podía seguir por mucho tiempo en la nación más civilizada de Europa. Se nos miraba como extranjeros en nuestro propio país. Se nos quitó nuestra ciudadanía, de manera que no pertenecíamos a ninguna nación. Los cambios estaban ocurriendo rápidamente. Los nazis se apoderaron de la policía secreta del Estado dándole el nombre de *Gestapo*. Podía arrestar, interrogar e internar. Las cortes de leyes y de apelación y los abogados defensores ya no existían. Los judíos habían vivido en Alemania más de mil años, y habían peleado por su país en la Primera Guerra Mundial, en la cual mi padre perdió a tres de sus hermanos. Mi abuelo materno peleó por Alemania, causando gran pobreza a su familia ya que a los soldados comunes no se les pagaba mucho. La mayoría de los israelitas alemanes se consideraban más alemanes que judíos y no comprendían el porqué de esta situación. Había casos en que algunos de ellos se dieron cuenta solo después de 1933 que

<sup>5</sup> Encontré esta carta entre las que dejaron mis tíos al morir. Ellos pertenecían a la Comunidad Judía de Newark, New Jersey, Estados Unidos.

eran de ascendencia hebrea. Muchos eran socialistas y por eso enemigos de los nazis, pero no tenían conocimiento de que eran también judíos.

Pronto se expulsó a los hebreos de las universidades. Profesores conocidos, uno de ellos Albert Einstein, fueron sacados de sus clases por sus mismos estudiantes vestidos de uniforme nazi. Mi madre había recién obtenido su título en lingüística e idiomas extranjeros cuando salió la ley de que a los judíos le estaba prohibido participar en la enseñanza superior. También se excluyó a artistas semitas de las representaciones artísticas.

El 10 de mayo de 1933 miles de libros, principalmente de autores judíos, fueron quemados en Berlín, delante del teatro de la ópera, porque eran considerados dañinos por los nazis. Estos actos de barbarie se acompañaban con palizas y muertes. Félix, que se casó más tarde con mi tía Selma, después de observar esto en su ciudad natal, al igual que miles de otros judíos estaba tan asustado, que lo único que podía pensar era salir de este lugar que se había convertido en un país de locos. Afortunadamente él tenía un hermano mayor en los Estados Unidos, que ya había emigrado en 1913, quien podía patrocinarlo. ¿Y qué pasaría con todos los demás que no tenían a alguien que se responsabilizara por ellos en el extranjero? Estaban completamente aterrorizados.

## FUENTES

Gran parte de este capítulo se basa en las memorias de mis padres sacada de sus respectivas autobiografías. La de mi madre fue publicada en Alemania bajo el título *Autographie einer deutschen Jüdin*, Steinfurter Schriften, Steinfurt, Deutschland, 1992. La de mi padre es inédita. Varias obras que estudian los años del nazismo en Alemania me proveyeron con el conocimiento de ese período. Son las obras de Victor Klemperer, *I will bear witness 1933-1944*, New York, Random House, 1998; Koppel Pinson, *Modern Germany. Its History and Civilization*, New York, Macmillan, 1966; Norbert Troller, *Theresienstadt: Hitler's Gift to the Jews*, Chapel Hill, North Carolina, USA, University of North Carolina Press, 1991.